

XI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Tucumán, San Miguel de Tucumán, 2007.

La tierra del fuego de Iparraguirre: una re-visión de la Patagonia decimonónica narrada.

Mellado, Luciana Andrea (UNPSJB).

Cita:

Mellado, Luciana Andrea (UNPSJB). (2007). *La tierra del fuego de Iparraguirre: una re-visión de la Patagonia decimonónica narrada. XI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Tucumán, San Miguel de Tucumán.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-108/505>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

XI Jornadas Interescuelas / Departamentos de Historia - 2007

Mesa temática abierta N° 57

Memoria e identidades en Patagonia

Título: “*La tierra del fuego de Iparraguirre: una re-visión de la Patagonia decimonónica narrada*”

UNPSJB. Fac. de Humanidades y Ciencias Sociales. Sede Comodoro Rivadavia.

Lic. Luciana Andrea Mellado

Docente-investigadora. J.T.P. Dpto. de Letras.

Dirección electrónica: lucianamellado@infovia.com.ar

I. Presentación

La novela *La Tierra del Fuego* (1998) de Sylvia Iparraguirre recupera como materia narrativa una sucesión de hechos ocurridos a mediados del siglo XIX en el sur de la entonces Confederación Argentina, documentados por un profuso discurso literario e historiográfico. Centrado particularmente en las intervenciones de Inglaterra en la región, el texto, entendido como “novela histórica” (Cheadle 81) y, en ocasiones, como parte de una “nueva novela histórica latinoamericana” (Sims 523), da cuenta, entre otras cosas, de los dos viajes del *Beagle* a la Patagonia austral y de las actividades realizadas en la zona por la Sociedad Misionera Patagónica. *La Tierra del Fuego* encuentra anclaje en las referencias históricas, pero se desplaza constantemente desde la versión oficial elaborada desde el centro europeo, particularmente inglés, hacia una versión revisionista, moldeada y reorganizada desde una doble periferia enunciativa: la de la autora y la del narrador.

La Patagonia que el narrador Guevara rememora se instala como una geocultura afectada por una cronología social que se explicita intermitentemente y que se corresponde con el expansionismo decimonónico del imperio británico en la región y consecuentemente con la desaparición de sus grupos nativos, a uno de los cuales pertenece un yámana, Jemmy Button, desde el cual se focaliza la mayor parte de la

historia, y con el cual el narrador va a llegar a identificarse de un modo tal que llega a afirmar: “el destino de Button tomó hace tiempo, la forma de mi destino” (50).

Guevara se aproxima a los personajes enmudecidos como sujetos discursivos y a sus percepciones espaciales, y se aleja de las imágenes con que Darwin y Fitz Roy, personajes con los que se relaciona en la novela, caracterizan el lugar desde la narrativa europea “fundacional” en la que se inscriben, narrativa que colabora eficazmente en la definición tanto literaria como política de la región.¹ Si bien el narrador no consigna puntualmente ningún relato específico de estos británicos referido a sus experiencias en la Patagonia,² sí establece constantes reelaboraciones, continuidades y rectificaciones de sus discursos, de sus referentes textuales más significativos y de sus más insistentes procedimientos de composición de lo espacial.

II. La Patagonia y su doble mito en el siglo XIX: tierra de nadie y tierra nacional

Darwin y Fitz Roy, dos personajes históricos aludidos en el relato desde el registro de la ficción, asumen la palabra y la mirada de la corona británica que la novela nos presenta como unidireccional, vertical e invariable. El narrador de *La Tierra del fuego*, en cambio, se ubica en un lugar intersticial, entre dos mundos: hijo de criolla e inglés, su propio nombre, John William Guevara, atestigua este lugar doble desde el que percibe y describe a la Patagonia, a la que interpreta de un modo fluctuante, según predomine lo que en él hay de británico o de argentino y a la vez de mestizo.

Los movimientos, los desplazamientos, las oscilaciones de la perspectiva del narrador respecto a los paisajes naturales y sociales que describe, sin embargo, van encauzándose, a lo largo del relato, hacia una misma dirección, la de la lengua y la tierra materna, coordenadas que atraviesan el presente de la enunciación. Bilingüe que renuncia al idioma paterno, marino errante que elige vivir en la llanura, *flaneur* en un

¹ Entendemos por narrativa “fundacional” aquella que inicia el archivo de la región sin ofrecer una imagen completa de ésta. Es escrita por viajeros no criollos cuyos relatos, referidos a una Patagonia pre-nacional, funcionan principalmente “como documentos que invitan a la colonización, a la inversión económica o a la ocupación militar” (Livon-Grosman 18). Estos textos inaugurales además “configuran una imagen que se dispara desde el mismo momento de la conquista y sigue influyendo en los autores locales y foráneos contemporáneos como si ésa fuera la única matriz de realidad (Casini 15).

² Los dos viajes que Robert Fitz Roy realiza a la Patagonia al mando de la embarcación *Beagle* aparecen en 1839, en los tres volúmenes de *Narrative of the Surveying Voyages of His Majesty's Ships Adventure and Beagle Between the Years 1826 and 1836*. En esta misma obra participa Darwin, que acompaña en el segundo viaje a Fitz Roy. Sucesivas ediciones separaron los diarios de uno y otro, y fueron cambiando el título hasta llegar al más breve *Voyage of the Beagle*. Sobre la aparición de estos libros y algunas de sus características textuales y contextuales, véase Adolfo Prieto (*Los viajeros ingleses* 79-105).

multitudinario y convulsivo Londres que opta por la soledad y la quietud del caserío de Lobos, en la llanura de la Confederación Argentina, Guevara escribe su relato en español porque los únicos lectores posibles que imagina son sus compatriotas,³ coterráneos de un país en formación que no ha incorporado aún, en el período histórico narrado, a la Patagonia como parte del territorio nacional con representación efectiva del estado.

La tierra del fuego da cuenta de la imprecisa relación de la Argentina con la región y muestra cómo la soberanía nacional sobre ésta es sólo nominal puesto que todavía no ha podido establecer fronteras geopolíticas concluyentes ni estables. La movilidad e imprecisión de los límites que señalan y distinguen lo interno de lo externo, lo propio de lo ajeno, compromete, como se observa en el texto, la organización nacional y la definición del país como una nación civil.⁴ Los miembros de ésta, como comunidad imaginada, sólo tienen una cartografía mental parcial y limitada de la extensión del país y sus espacios.

La Patagonia, entonces, no aparece incorporada al mapa de lo nacional que se extiende hacia el sur, desplazando su frontera interna. Política de los espacios de la que da cuenta Guevara al recordar que “[e]n 1823, después de una incursión muy dura de los ranqueles, la milicia vino a Lobos a reclutar gente para un piquete grande que escarmentara a los indios y los echara de la frontera, más al sur del Tandil” (59). Su padre, que se recluta como voluntario para la tarea antedicha, cumple así con una obligación cívica, patriótica, de apropiación del territorio: Mallory, “aunque invasor, no rehuyó sus deberes para con el país que finalmente terminó por adoptarlo” (59), sostiene el narrador.

Los hombres de la llanura “desconocen el extremo austral de nuestro país donde sucedieron los hechos” (37), nos informa el narrador en el primer pliego, donde también deja en claro que dicha ignorancia sobre el territorio argentino por parte de la población no es tanto voluntaria como impuesta por una estrategia política, vinculada a un estado

³ Si bien Guevara, en el primer pliego, advierte que no escribe para los habitantes de la llanura, ignorantes del lugar donde sucedieron los hechos a narrar, en el último pliego aclara que traduce las palabras de Button pronunciadas en inglés “por si algún día uno de mis compatriotas llegara a leer este relato” (273).

⁴ La novela da cuenta de un problema común a muchos países americanos. Tal como explica Blengino, “todas las naciones del continente, durante el período de la conquista, el período colonial y el período posterior a la independencia del poder metropolitano, se configuran como territorios en continua expansión, cuyas fronteras internas mantienen límites muy elásticos” (25).

metropolitano, que estría la espacialidad física y social del territorio de un modo irregular reproduciendo el esquema centro-periferia del que, en un nivel internacional, él mismo participa.

El sur de Argentina no se incluye efectivamente en la cartografía de la nación, pero el narrador insistirá a lo largo de su relato en considerarla parte constitutiva de ésta. Así lo señala, por ejemplo, cuando menciona su fascinación por los mapas y recuerda que “(u)na enorme porción de tierra patagónica aparece en esos viejos mapas bajo la denominación *res nullis*, cosa de nadie. Es mi país” (89). La sentencia final impugna la versión de una tierra disponible y sin dueño al incluirla como parte integrante de otro espacio geopolítico mayor.

Pero esta tentativa de ensamblaje espacial no es extendida, tal como el mismo Guevara denuncia: “mis compatriotas me dan literalmente la espalda, embarcados en una guerra que no me atañe y que condeno. Nadie mira al sur” (34).⁵ Nadie en Argentina, da a entender el narrador más adelante, al comentar la tormenta sufrida en su primer viaje con destino a Cabo de Hornos. En el camino al Cabo, Guevara reconoce que “(a) pesar de haber nacido en la Confederación, nunca había oído sobre esos lugares que los marinos ingleses mencionaban con tanto conocimiento, pero que pertenecían al sur de una tierra que era mi país” (88). Sus palabras postulan una potestad política de la Argentina sobre la Patagonia, independizan la potestad de los espacios del grado de conocimiento de éstos, y presuponen la ambición territorial británica.⁶

La novela muestra un doble carácter de la Patagonia: argentina figuradamente y sin un dueño efectivamente. Esta última idea le permite al orden imperial británico apropiarse del espacio, borrando los vínculos de éste con el estado-nación argentino y presentándose y representándose como un agente inaugural de la zona. Esta dualidad consignada discursivamente en la naturaleza de la región durante el siglo XIX es parte de un doble mito que, difundido narrativamente, la postula “como un territorio primigenio y tierra de nadie, y [...] como parte integral de la nación” (Livon-Grosman 10). La primera idea de la región que Guevara revisa y cuestiona es solidaria con otros

⁵ El narrador se refiere a la guerra con el Paraguay (1865), a la que ya se había hecho referencia explícita en la página 16.

⁶ El desembarco en las Islas Malvinas, donde se realizará el juicio a Jemmy Button, “está prohibido a los habitantes de la Confederación Argentina” (27) nos recuerda Guevara, quien constantemente repara en la avidez inglesa por la apropiación de los espacios. En el año 1833 se produjo la ocupación inglesa de las islas Malvinas. Con este acto, según Bandieri, “se desconocía la soberanía de los gobiernos rioplatenses sobre las islas, definitivamente conquistadas en el año 1820. A partir de ese momento, todos los relevamientos de las costas patagónicas y de los canales fueguinos realizados por Inglaterra tuvieron en las Islas un centro fundamental de operaciones” (100).

tópicos y procedimientos discursivos con que los relatos europeos “fundacionales” la legitiman, por ejemplo, la idea de un lugar que debe ingresar a la historia occidental puesto que pertenece a un vacío prehistórico. Esta percepción va a devenir en frecuentes actos bautismales de los que la novela da cuenta.

En el primer pliego de su relato, Guevara recuerda que cuando tenía dieciocho años estuvo “(e)n el mismo lugar por donde navegó John Byron, abuelo del célebre poeta, quien fundó el primer asentamiento inglés en las islas, a las que otro inglés había llamado Falkland, sin importarle el tratado secular” (26). La inauguración discursiva de este espacio no es exclusiva de los viajeros ingleses, también los galos acometieron la empresa de nombrar el lugar como un modo de apropiárselo simbólicamente. El narrador indica que ya en el segundo viaje que realizó a Malvinas, junto con Fitz Roy y Charles Darwin, ya muchos las “llamaban con el nombre derivado de los buenos navegantes franceses de Saint Malo: Malouinas” (29). Estando el narrador en la Tierra del Fuego describe “las costas a las que Pigafetta nombró como la tierra de los fuegos, por la cadena rojiza de las fogatas con las que los habitantes del país se avisaban del paso de extraños y enormes seres combados y arbolados que iban por el agua pero que no eran ballenas” (24). Guevara no problematiza mayormente este nombramiento ni el anteriormente aludido, pero sí pone al desnudo, a través del comportamiento de Fitz Roy, la violencia etnocéntrica con que el imperialismo colonial borra y vacía de significados el espacio geocultural previo a sus emplazamientos.

El Capitán utilizó la palabra Tekeenica para dar nombre a la tierra de Button y a su gente. Guevara sabe, por el propio Button, que ese sonido significa literalmente “no entiendo lo que dice”, respuesta que los yámanas daban a Fitz Roy -Teke uneka- , “(p)ero como se lo decían sin cesar, él dedujo, de antemano, que estaban pronunciando el nombre de su patria, y así la bautizó” (91). La escena nos muestra cómo desde el malentendido y la presuposición se ejecuta la invención simbólica de un territorio, operación que brinda un ejemplo, tal como dice Guevara, “del carácter del Capitán y tal vez, por extensión, del carácter general con que Inglaterra imponía sus reglas” (91). Es precisamente esa representatividad del acto lo que nos permite desplazar las significaciones desde lo individual hacia lo general, desde el pensamiento del Capitán hacia el del imperio, el que se caracteriza por operar como una “mentalidad fundadora”⁷

⁷ J. L. Romero, en un apartado de *Latinoamérica. Las ciudades y las ideas*, caracteriza esta mentalidad. “Eran europeos sobre el continente desconocido, y la creación estaba prefigurada en sus mentes. Porque esta aventura no era, en verdad, sino un paso más en esa ambiciosa aventura europea en su expansión, que

que planifica, desde su enciclopedia, una Patagonia nueva, superpuesta a toda realidad preexistente, anulando, desconociendo y negando, no sólo los nombres de los lugares, sino el de las personas.

Lo anterior sucede cuando el Capitán, en su primer viaje a la Patagonia, toma de rehenes a los yámanas, a quienes les asigna nombres que “correspondían a los lugares y circunstancias en que habían sido encontrados y a la conjetura” (92-3). Fuegia, York Minster, Boat Memory y Jemmy Button serán, en este sentido, “invenciones” que anulan y silencian las identidades previas. Lo que Guevara describe pone de relieve la “ignorancia intencional” con la que actuaban los colonizadores, la que consiste, tal como explica Blengino, en actuar “como si los territorios conquistados fueran un magnífico contenedor vacío, no sólo de humanidad, sino también de naturaleza humanizada” (19), sobre la que se puede “diseñar un nuevo mapa con un nuevo léxico que corresponde a los deseos y a los intereses de la corona y a las propias conveniencias personales” (19).

Esas pretensiones serán objeto de una reflexión constante del narrador quien comprende, con los años, los objetivos primordialmente económicos de las distintas excursiones y viajes promovidos por el imperio británico a la Patagonia. Esos propósitos van a explicar la presencia de Button en Londres, la que se resolvía “en los círculos áureos e inaccesibles del poder, donde Inglaterra maduraba sus designios en el mundo”, donde se advertía cómo los yámanas ocupaban “un lugar muy preciso en un complejo rompecabezas, una de cuyas piezas era la codiciada Tierra del Fuego con sus canales que se abrían al Pacífico” (115). El interés territorial, el deseo de adueñarse del espacio por un afán de lucro son, sin embargo, disimulados, negados, cubiertos por legitimaciones discursivas que aluden a pretensiones científicas, religiosas y “humanitarias”.

III. Los hechos que refutan las palabras. Cuando conocer es des-conocer

Muchas actividades de los dos viajes que realiza Guevara acompañando a Fitz Roy se vinculan con un afán cartográfico. En el primer desplazamiento del *Beagle* hacia la Patagonia se explora el espacio con la misión de “reconocer costas, islas, bahías y

habían comenzado cuatro siglos antes. La tierra que ahora ocupaban - una tierra real, con ríos y llanuras, lagos y volcanes - debía ser una prolongación de la tierra que dejaron el día que se embarcaron en los navíos” (64-5). Estas ideas que pintan las primeras empresas de conquistas llevadas a cabo en América por los españoles, son, de modo general, las mismas que describen las expediciones británicas del siglo XIX a la Patagonia, en parte porque la región no se hallaba bajo el dominio efectivo de un estado nacional americano y se ofrecía, como antes el continente a los españoles, como una tierra sin dueño, a conquistar.

puntos favorables y protegidos para fondear” (97). La tripulación del barco participa de actividades tendientes a conocer de un modo preciso el espacio geográfico. Guevara rememora a los hombres anclados en las islas del sur “tomando datos de los reconocimientos que el Capitán ordenaba hacer” (91) y recuerda a “un grupo de hombres que hacía mediciones hidrográficas” (92). Esta voluntad de reconocimiento del territorio persiste en el segundo viaje de Fitz Roy, aunque fuertemente cuestionada por el narrador como mero empeño científico.

En el segundo viaje que el Almirantazgo autoriza, luego de los insistentes pedidos de Fitz Roy por zarpar nuevamente hacia Tierra del Fuego, el Capitán “explicó que el viaje se fundaba en un propósito científico que beneficiaría a la navegación del mundo entero”. Él declara que la cartografía española era muy deficiente, y que la misión a realizar en Patagonia “haría posible que futuros navegantes se mantuvieran a flote en aquellos confines” (160-1). Esta explicación, sin embargo, pierde validez para el lector, puesto que el narrador se ha referido unos párrafos antes, al inicio del pliego, al “hecho evidente de que el cambio brusco de opinión del Almirantazgo no procedía solo del amor a la ciencia o del altruismo sino del valor estratégico que habían adquirido el Magallanes y el Cabo de Hornos” (159).⁸ El narrador impugna las razones esgrimidas discursivamente por Fitz Roy, y así las del imperio del que él es portavoz. Una vez que liga la voluntad de conocer el espacio con la de dominarlo debemos resignificar la participación de Darwin en este nuevo viaje.

El Doctorcito, como se lo llama a Darwin en el relato, “había ganado el puesto de científico de a bordo, en respuesta a la solicitud publicada en el *Times* y en mérito a sus excelentes recomendaciones ante el Almirantazgo” (162). La explicación de su ingreso a la travesía condensa, por un lado, relaciones institucionales que el capitán y el naturalista se encargan de silenciar y el narrador de sugerir, y por otro, desplaza al naturalista de la esfera inmaculada de la ciencia, para ligarlo a los grupos de poder que lo favorecen. Su relación con el espacio patagónico va a estar condicionada doblemente: en primer lugar por la posición institucional que ocupa, y en segundo lugar por su

⁸También en el último párrafo del cuarto pliego se impugna la tarea del conocimiento como meta última de las expediciones británicas a la Patagonia. Allí el narrador expone inicialmente los objetivos divulgados por el Almirantazgo: “el trazado de la cartografía de las costas del Brasil y de la Patagonia más el relevamiento de flora y fauna”, para después señalarlos como pasos intermedios y preparatorios para cumplir con los propósitos verdaderos y subyacentes: “los designios políticos que aconsejaban bases en el extremo sur del continente americano y la próxima toma de las Islas estaban en el trasfondo de estas expediciones científicas” (156).

perspectiva disciplinar.⁹ Partícipe del interés imperial británico por estudiar un espacio que se pretende controlar y explotar, sus materiales de trabajo se supeditarán a este fin. Todos los elementos que su maletín contiene: “instrumentos de medición, compases, una pequeña balanza, lupas, pinzas, un catálogo botánico, otro geológico y una caja repleta de pequeños frascos etiquetados con nombres en latín” (163), son herramientas para la exploración, la recolección y el conocimiento exhaustivo del territorio, sus especímenes geológicos, zoológicos y botánicos. Nada queda afuera del interés omnívoro del Doctorcito que, al igual que Fitz Roy, es parte de la maquinaria expansionista británica.

Así como se cuestiona, o directamente se desmiente, el desinterés con que la ciencia examina el espacio patagónico, se denuncia y objeta la criminalidad con que algunos eruditos se abocan al estudio de los nativos. El narrador, estando en el juicio que se le realiza a Button, se interroga si los presentes desconocían los abusos a los que eran sometidos constantemente los yámanas. ¿No sabían que los científicos “les aplicaban una pasta blanca en la cara para tomar sus moldes y llevarlos a exhibir en países lejanos y que esta práctica se había realizado incluso hasta la muerte por asfixia o la humillante prueba en los genitales o en los pechos de las mujeres o los muchachos que inocentemente se les habían acercado?” (276) se pregunta Guevara, a la vez que nos informa las vejaciones que en nombre de una razón científica se cometían.

Ahora bien, si las pretensiones científicas para las expediciones patagónicas son impugnadas por el narrador, no lo son menos los objetivos religiosos invocados para asentarse en la región, modificar su paisaje y “evangelizar” a su población. En 1860, el narrador asiste a un juicio, en las Islas Malvinas, en el que Button está acusado por la masacre de unos misioneros anglicanos ocurrida en noviembre de 1859. Se trata del asesinato de un catequista jefe, del capitán Fell y de toda la tripulación (con la excepción del cocinero) del barco misionero *Allen Gardiner*, perteneciente a la *Sociedad Misionera Patagónica*. A través de las actas del juicio, que Guevara transcribe en español, se recuperan los testimonios de los personajes involucrados en la *Misión*

⁹ Hay un tercer condicionamiento que afecta el modo en que Darwin percibe el espacio: su perspectiva evolucionista y etnocéntrica. No aparece explícitamente en su contacto con la Patagonia pero sí se constata cuando, a bordo, clasifica y evalúa al narrador con relación a su geocultura vernácula. Guevara nos cuenta que se burlaba de él llamándolo “gaucho letrado” (164) y que, cuando él citaba partes de libros leídos, haciéndose el incrédulo le preguntaba ¿“(e)s que los gaúchos saben leer? Cómo es posible el prodigio, si son salvajes” (164).

Patagónica,¹⁰ quienes confrontados en varias ocasiones permiten reconstruir la historia oculta de la misión evangelizadora en la Patagonia austral.

Tal como aprecia el narrador “(l)a cuestión de los yámanas no se limitaba al lamentable hecho de sangre. El juicio puso en evidencia las contradicciones que ocultaba la Misión” (210). La incompatibilidad en los puntos de vista de los integrantes está claramente representada en las opiniones divergentes sobre el proyecto que exponen el reverendo George Pakenham Despard y el capitán Parker Snow. Durante el juicio, Despard sostiene que Jemmy Button, con quien se contactaron al instalarse en Keppel, fue a la Misión “sin persuasión mediante”, trayendo a su esposa y tres niños. Argumenta que se lo “trató con hospitalidad y condescendencia, se le lavaban las prendas, se horneaba pan para él todas las semanas, se movía entre nosotros con absoluta libertad y no tenía ninguna labor, salvo mantener su casa y los utensilios limpios” (241). Este cuadro de convivencia armónica entre indios y blancos, fruto de una elección voluntaria, no es el que registra el capitán Snow, quien explica cómo los misioneros llevaban personas a la fuerza a la isla Keppel “con el único propósito de colonizarla; mejor dicho, para mostrar que funcionaba la colonización” (259).

Despard ve el espacio cultural de los nativos como un espacio de la carencia, de la falta. Se anulan sus creencias religiosas y se les pretende imponer otras, se desestiman sus prendas “bárbaras”, en todo acordes con su hábitat, y se les cubre con los trajes de la “civilización”. El parlamento de la esposa del reverendo sintetiza este proyecto de aculturación. La mujer sostiene que Button y su familia se fueron de la Misión de la isla Keppel “decentes con sus ropas, decentemente vestidos, no desnudos, con ropas aseadas, no con el olor nauseabundo de la grasa y del humo. Hay que decirlo: vestidos y con el conocimiento de Dios” (245-6). La tarea de los evangelizadores con los nativos consiste principalmente, según ellos mismos sostienen, en borrar sus costumbres y creencias para sustituirlas por otras consideradas mejores. Por su parte, la Patagonia aparece como un espacio a evangelizar, como una tierra “necesitada de Dios” (250), idea de abandono que también circula en la sociedad londinense que ignoraba dónde vivían los yámanas, “salvo que era un lugar inhóspito y dejado de la mano de Dios”

¹⁰ En una nota a pie de página se dice: “Una copia en inglés de las actas estaba adosada a los siete pliegos del relato de Guevara. Se ignora cómo llegó a su poder. Los testimonios de Symley, de Coles y de Jemmy Button son textuales. No nos consta, en cambio, que el Rev. Despard, su mujer y Parker Snow hayan asistido al juicio. Las palabras que les atribuye Guevara, sin embargo, se ajustan casi puntualmente a cartas y documentos del Public Record Office de Londres” (219).

(155). Pero si el discurso de los misioneros postula a los indígenas y a su lugar de residencia como carentes cultural y espiritualmente, el capitán Snow va a observar cómo unos y otros son, para los misioneros, objetos de deseo cuya apropiación permite saciar una codicia lucrativa que poco tiene que ver con los proyectos evangelizadores esgrimidos verbalmente. Snow informa que “fue obligado a dejar su cargo por expresar abiertamente su opinión y por negarse a formar una nueva colonia ganadera en Keppel, donde se engañaba a los nativos, trayéndolos a la fuerza y haciéndolos trabajar sin que pudieran escapar” (266). Declara también que “estaba a favor de una investigación que pudiera demostrar no sólo el error que se cometía con los nativos sino, además, probar que el plan del misionero Despard y sus compañeros era una especulación comercial bajo el nombre de “Misión” (266-7). Denuncia, con énfasis, que “¡hubo funcionarios del Gobierno que apoyaron esta Misión en sus equivocados actos de conveniencia! Despard y la Comisión se jactaban de recibir apoyo de parte de personas influyentes” (266-7). Las acusaciones de Snow dan cuenta de distintos hechos inscritos en una lógica de explotación económica: la esclavitud, el secuestro de personas, el despotismo. Éstas son algunas de las características de la Misión que Snow observa y que no sólo van en contra de los principios de la prédica religiosa que invocan para legitimarse, sino en contra de los intereses de Inglaterra puesto que las ganancias que obtienen son “dinero público fácil” (258) que no beneficia a la nación, sino a intereses individuales.¹¹

La Patagonia aparece, así, en la novela, no sólo como un territorio anhelado para propagar doctrinas bíblicas y modos de vivir occidentales, no sólo como un espacio imperfecto, insuficiente que debe ser corregido y mejorado, sino como un lugar pleno, completo, rico, que puede explotarse, que puede ser provechoso económicamente. Mientras se esgrime como discurso legitimador la idea de un lugar vacío al que hay que llenar y al que enriquecen los misioneros, las operaciones materiales y efectivas que narra Snow crean la imagen de la Patagonia como un territorio lleno al que se puede vaciar, y con la que pueden enriquecerse los misioneros y sus asociados.

Las razones que para las expediciones y asentamientos en el sur alega el imperio pierden legitimidad al ser contrastadas con reiterados hechos que las refutan. Pero el

¹¹ Snow revela que una de las personas influyentes que apoyaban a la Misión era el capitán Sullivan, jefe del Departamento de Marina del Ministerio de Comercio “quien hizo los planes y dio las directivas para la formación de la colonia ganadera en las Falkland occidentales, es decir Keppel, ya que él era socio de una compañía de ganado de estas Islas y estaba deseoso de venderle 134 cabezas a la Sociedad Misionera, ¡a condición de que él y sus socios tuvieran beneficios a medias!” (266-7).

entendimiento crítico de Guevara sobre las distintas empresas que Inglaterra ejecuta en la Patagonia, y que él llega a reprobar, es sólo adquirido con los años. Lo caracteriza en el presente de la enunciación, pero no en el del enunciado, cuando era un actor protagonista de los viajes a la región. En el primer pliego le advierte este punto a su interlocutor: “[q]uizás usted sospeche que no ignoraba los propósitos de aquel primer viaje sobre el que la carta me pide una relación, que conocía las instrucciones confidenciales dadas al Capitán sobre el valor estratégico de la Patagonia argentina y de las Islas... Están equivocados [...] Lo que sé ahora lo supe mucho después” (28), dice el narrador, que va a reiterar en el anteúltimo pliego sus limitaciones en la comprensión del proyecto británico al reconocer que “la verdad es que detrás del juicio a Button se movían otros intereses y decisiones que ahora se despliegan ante mí con mayor claridad” (214-5).¹²

La llegada a Londres y el juicio a Button en las Islas son dos momentos decisivos para la concientización del narrador, dos momentos en los que Guevara se enfrenta directamente a la maquinaria del imperialismo expansionista. Estando lejos de la Patagonia puede comprender su complejo significado social y económico. Allí se enfrenta por vez primera a un puerto que es “el corazón del imperio marítimo más grande del mundo” (109), allí conoce las oficinas del Almirantazgo, donde “los dueños del imperio” hablaban con Fitz Roy (20-1), allí nota cómo su existencia y la de Button empezaban a materializarse “en las Oficinas de Colonias, en la Bolsa de Valores, en el Almirantazgo (...) por una extraña alquimia de la civilización” (123), se corporizaban, se volvían reales y, al fin, dice el narrador: “pertenecíamos a un lugar del globo perfecto, ente ubicable que nos transmutaba en cuero, en aceite, en números” (123). Guevara experimenta en Londres la voracidad lucrativa que rige el aparato económico imperial, cuyo interés en la Patagonia no responde a un plan de engrandecimiento nacional puesto que la Londres miserable y hambrienta crece a espaldas del enriquecimiento de los sectores de poder. Esa otra Londres, recuerda el narrador, lo hizo preguntarse “para quienes eran las riquezas y los dominios que los ingleses conquistaban y retenían a toda costa en los lugares más remotos del planeta” (121), en uno de los cuales moraban los indios secuestrados.

El imperio, dirá Guevara, “no tiene más remedio que producir lo suyo. El poder genera malnacidos que abusan de los indigentes en todas partes del planeta” (138). Para

¹² Otros ejemplos de cómo con el paso del tiempo el narrador recién pudo comprender el significado cabal de los hechos pueden verse en las páginas 115 y 121.

dichas extralimitaciones será fundamental implantar, intervenir y dominar las reglas del juego social de la colonia, tareas todas que se visibilizan en el juicio realizado a Button en las Islas Malvinas. En esa oportunidad, el narrador menciona que no le asombra “comprobar que en este confín del mundo se sostienen imperturbables las fórmulas y los lenguajes administrativos” (209) que conoció en Inglaterra, puesto que, como él explica “[c]uando hace falta que aparezca la mano férrea de Gran Bretaña, como un mecanismo bien aceitado que nunca se abandona ni se descuida, se levantan los dos pilares que sostienen el poderío del Imperio: la Administración y la Ley” (209); dos discursos verticalistas que operan sobre las colonias entendidas como espacios de lo inferior desde un punto de vista económico y desde uno socio-cultural.

IV. Escribir la Patagonia: construir el espacio colonial

La percepción de que la Patagonia no poseía ningún grado de complejidad política o cultural va a propagarse y a fortalecerse a través del modo en el que Inglaterra “escribe” este espacio en el imaginario de la época. La novela de Iparraguirre describe muchas operaciones escriturarias del imperio británico en el siglo XIX con relación a la construcción simbólica de sus espacios coloniales.¹³ La Patagonia, uno de estos espacios, aparece moldeada por el discurso de la metrópoli que describe su geocultura y organiza, a través de la letra escrita, los paisajes físicos y sociales, a la vez que los valora, difundiendo, regulando y promocionando ciertas representaciones de la región que se pretende dominar. Dichas imágenes circulan y se difunden a través de la prensa, portavoz e instrumento de una imaginación etnocéntrica que tergiversa los sucesos que ocurren en la Patagonia, así como las características del territorio y sus habitantes. Hay dos ocasiones donde se muestra cómo, desde la distancia geográfica, pero también cultural, la prensa inglesa y sus lectores deforman la espacialidad de la región adecuándola a su idiosincrasia, a sus expectativas y a sus intereses. La primera se encuentra en un diario de 1834, la segunda en uno de 1859. A pesar de la distancia temporal entre los ejemplares, que aparecen aludidos en diferentes pliegos de la novela, se observan permanencias y continuidades respecto de la concepción del espacio patagónico que se sostiene desde Inglaterra.

¹³ La letra escrita tiene el poder de operar como instrumento de la razón imperial. El narrador le cuenta a Fitz Roy que su padre le había hecho leer algunos clásicos ingleses y relata que al Capitán “(e)sto le provocó un comentario curioso que mezclaba tanto el orgullo de raza como la simple constatación de un hecho: - Inglaterra está en todas partes” (90). La sentencia es tan breve como reveladora.

El diario de 1834, que el narrador encuentra en un almacén del puerto de la isla de Mauricio, contiene noticias de Londres que refieren la vuelta de los yámanas a su país, Cabo de Hornos, en un retorno que causa, según decía el medio, indignación en la sociedad inglesa. Este sentimiento es, según Guevara, simulado, puesto que esa misma sociedad había estado conforme con que se los llevara de Londres ya que no podían responderse “¿qué se hace en definitiva con unos indios?” (53-4). La información del periódico le permite a Guevara dar a conocer la opinión pública de la sociedad inglesa y exponer cómo ésta superpone la cartografía simbólica de sus espacios urbanos, conocidos y estimados, a la de los lugares que habitan los yámanas, no urbanos, desconocidos y desprestigiados.¹⁴ Cuando los lectores británicos conocen que los indios retornarían a su tierra envían “[d]e todos los rincones de Inglaterra [...] tetetas, manteles y cubiertos para las casas que, en su *imaginación* británica, los yámanas construirían en el fin del mundo imitando a las de Londres” (53-4).¹⁵ La observación del narrador, despertada a partir de lo leído en el diario, nos permite rescatar varios puntos de interés que reaparecen con frecuencia en la novela: la imaginación inglesa se presenta como un falso conocer, motivado por una perspectiva etnocéntrica a la que sólo le es posible postular para el espacio de la colonia la mimesis, la copia de un espacio que se cree mejor y junto con el la negación de uno existente y divergente del central. La opinión pública inglesa sobre el caso de los indios de Tierra del Fuego es planteada por Guevara como doblemente falsa: primero, porque sus apreciaciones presentes no se condicen con su comportamiento pasado ante los yámanas, el que osciló entre la indiferencia y el rechazo; segundo, porque el espacio patagónico imaginado por los lectores británicos no se corresponde con el real, divergencia de mundos que el narrador puede percibir por conocer este último de un modo directo.

La lectura de un ejemplar del *Times*, del año 1859, será la segunda ocasión importante en la que el narrador muestra cómo la prensa tiene el poder de regular las representaciones espaciales que los lectores ingleses tienen del territorio patagónico.

¹⁴ Este desprestigio es relativo ya que son espacios codiciados por el imperio. Su valor, sin embargo, se escatima en términos estéticos repetidas veces, incluso por el mismo narrador.

¹⁵ Las bastardillas son nuestras. La imaginación del espacio patagónico por parte de los ingleses se va a asociar a su ficcionalización. Así, el narrador observa que para el Capitán la casa de madera y el huerto con zócalos de piedra que le mandó a construir a Button era el campamento donde, según sus planes, quedaría Button con todo lo traído de Inglaterra; “allí también, según su bucólica imaginación, armarían su hogar y crecerían los hijos de Fuegia y York. Yo mismo me daba cuenta de lo disparatado de todo esto. A miles de millas de distancia, la idea era una cosa aceptable y hasta loable; cuando la idea se materializó en el lugar, se hizo absurda” (190).

Algunas de las páginas resumen, en parte, la llegada y los accidentes vividos por la Misión Patagónica en la Tierra del Fuego. Ellas, según el narrador, “pueden ilustrar cómo se veía desde «el centro del imperio marítimo» la periferia de la cual veníamos” (126). Guevara repara en las relaciones asimétricas entre los espacios, de cuya contraposición surge la supremacía de uno y la subordinación de otro, posiciones que el diario naturaliza, asumiendo la necesaria dirección cultural y económica de la Patagonia. “Inglaterra tenía una misión, había dicho la prensa: evangelizar y educar” (160). Pero este discurso sobre los propósitos pedagógicos “civilizatorios” es, a la luz de los hechos que relata Guevara, sólo secundario, ya que, y refiriéndose a la Misión, como ya se notó, los indios son esclavizados con afán de lucro para que trabajen en la ganadería, negocio, por otro lado, dirigido por intereses apátridas y corruptos.

La prensa hace circular la idea de la empresa civilizatoria, pero a la vez revela los intereses más concretos de Inglaterra sobre el espacio de la Patagonia cuando, refiriéndose a los presentes que le envían a los yámanas para el regreso a su hogar - juegos de té, mantelería, cuchillos, menaje de cocina- afirma en estructura de pregunta: “¿no habían demostrado lo compenetrados que estaban los ingleses con sus colonias, no manifestaban el interés fraternal del ciudadano común por estas pobres almas?” (160). La noticia no queda sólo transcrita, Guevara la valora y la critica explícitamente. Retoma el término “romántico” que utiliza el *Times* con el sentido positivo de disposición a la aventura, despertada por la curiosidad de “una *terra incognita*” (126), pero lo resignifica y contextualiza. Del vocablo expresa: “La palabra “romántico” estaba de moda en ese entonces, se usaba para todo. Aquí está bien empleada; le da ese aspecto de superficialidad, por no decir irresponsabilidad que tuvo la empresa” (128). Esta crítica, como otras que realiza el narrador, le da espesor a un discurso que, al referirse a la Patagonia, se caracteriza, entre otras cosas, por su constante afán de revisar la narración histórica y, a la vez, por una también constante filtración de significaciones e imágenes de la región provenientes de una larga tradición narrativa.

Mientras el primer movimiento discursivo antedicho tiende a cuestionar y renovar las versiones del espacio provenientes de la metrópoli colonial, la segunda inclinación tiende a reproducir y conservar la cartografía imperial. Tal como explica Livon-Grosman, el interés por la Patagonia “es parte de una larga tradición que comienza con los primeros viajeros españoles, portugueses y británicos y que se ha mantenido cíclicamente presente en la cultura británica tanto como en la argentina” (11-2). Esta tradición ofrece un repertorio de tópicos y estrategias discursivas para aprehender y

comunicar el espacio de la Patagonia, muchas de las cuales Guevara recupera, con diferentes grados de reelaboración. Particularmente retoma imágenes de las primeras narrativas sobre la región, aquellas que, previas a la Conquista del Desierto, conforman un primer estadio en la literatura de viaje de la zona e inician el archivo aunque no sean capaces de ofrecer una imagen completa y definitiva de la región. Nos interesa detenernos en algunos mecanismos discursivos e imágenes que implanta esta narrativa para referirse al paisaje, los que siendo típicos de ella no le son exclusivos: la hiperbolización, la deshistorización, la imagen de un paisaje hostil y la de un lugar en los confines, en los bordes.

Pigafetta, en el *Primer viaje en torno del globo*, va a narrar por vez primera la llegada de los europeos a la región, cuando en 1520 la expedición de Fernando de Magallanes hace puerto en la costa patagónica; va a ser quien inaugure e inmortalice la idea del gigantismo de los indígenas patagónicos, asociados para siempre tanto al nombre como a las extensiones del lugar que de allí en adelante llevará para siempre, tal como señala Livon-Grosman, “la doble marca de la exageración, por un lado el gigantismo de los indígenas, por el otro la dimensión sublime del paisaje. Como si la inmensidad y el vacío de un paisaje que no puede apropiarse tuviera que poblarse con imágenes igualmente inmensas” (50), inconmensurables e hiperbolizadas, como muchas de las que recupera, en reiteradas oportunidades la novela.

V. Cartografía imaginaria de la Patagonia austral

La inmensidad aparece, en la novela de Iparraguirre, como una característica del espacio patagónico, de sus dimensiones geográficas, por ejemplo, las de una Tierra del Fuego “desgajadas en islas y canales interminables” (24), la de una Patagonia descrita como “un colosal corredor de vientos cuyo piso es una meseta que baja desde las montañas hacia el este, asomándose sobre el mar en acantilados gigantescos y cóncavos” (89), una “inmensidad donde caben mil Londres” (89). También son hiperbólicos sus fenómenos naturales y su fauna. Lo es el viento que “sin fin levanta olas gigantes” (25), olas que, a su vez, son “más altas que esos edificios” (109-10) que en la metrópoli británica conoce Guevara; lo es su fauna, por ejemplo, las ballenas, cetáceos que “tienen el tamaño de Goletas” (109-10), y a las que el narrador, al verlas por vez primera, califica como “monstruos mansos” que dejan “enormes manchas en el agua” y le hacen constatar “la pequeñez del barco” (86).

Hay una tendencia, en la novela, a desplazar la geocultura patagónica hacia la prehistoria. La región es descrita por el narrador, en varias ocasiones, desde una perspectiva evolucionista que lo lleva a identificar la geocultura yámana como una mera extensión de la naturaleza, descalificándola de todo tipo de complejidad socio-política y adjudicándole a sus integrantes un primitivismo inherente. Esto sucede cuando Guevara percibe a Button, al verlo por vez primera, como un “ser extraño que salta sobre el tiempo y nos presenta en el desamparado estado del origen de nuestra especie” (64). Con ello plantea a la región como un escenario arcaico donde se conserva indemne una humanidad remota e inferior.

La Patagonia se plantea como espacio inmutable, inalterable, otra vez fuera de la historia moderna, cuando el narrador adjudica una tempestad en Cabo Hornos al enojo de los dioses de Button por haber, quizás, “transgredido los cimientos mismos de ese mundo, intocado e inmóvil en el tiempo” (181) que, como el territorio, va a plantearse hiperbólico: allí “las mañanas y las noches duran meses” (109-10), y allí la temporalidad va a reducirse muchas veces a un mero transcurrir cíclico y natural. Mientras Londres se instituye como un espacio sujeto a las mutaciones de un devenir histórico que propende al progreso, de un tiempo “impreso en la piedra, en el hierro y en el mármol”, pero también en la gente que “ocupaba su lugar en ese fluir estratificado de décadas y centurias”, la Patagonia, así como la llanura de la Guevara provenía, no se articula con las ideas temporales de sucesividad, acumulación o desarrollo, puesto que, según el criollo, “no se sabía cómo había transcurrido porque la vida parecía volver siempre a la tierra sin dejar huella” (124). La descripción del narrador recupera, en este punto, una característica del discurso imperial: el vaciamiento de la historia del espacio que se pretende apropiarse. Operación conveniente para un proyecto que, además de expandirse en el territorio, pretende imponer y proyectar sus propios tiempos sociales patentizando la idea de que los imperios se expanden en los espacios como un modo de avanzar en el tiempo.

Tal como explican Silvestri y Aliata, “para que exista paisaje no basta que exista naturaleza; es necesario un punto de vista y un espectador; es necesario, también, un relato que de sentido a lo que se mira y experimenta” (10). En la novela de Iparraguirre, el dato físico lo brinda la Tierra del Fuego, la perspectiva la otorga Guevara, observador cuya narración oscila entre la repetición de categorías descriptivas del discurso imperial, y la revisión e impugnación de dicha versión del espacio. Lo que va a repetir es la idea de un espacio hostil, peligroso para el hombre en quien despierta sentimientos

disfóricos. Lo primero que recuerda Guevara en su relato es “el fuego perforando la noche más oscura del planeta, fuegos devorados por las ráfagas desatadas del viento que dejaban mudo de expectación y temor al que miraba desde la borda” (23). Sensaciones y emociones negativas que se reiteran ante la naturaleza hostil de, por ejemplo, el Cabo de Hornos y las Islas Malvinas. El primer espacio es descrito como “el laberinto de islas más temido por los barcos del mundo entero” (88) y sus aguas como “un infierno líquido” (88). El segundo tiene un viento tan feroz “que parecía borrar hasta la misericordia divina” (251).

El carácter objetivo de los efectos hiperbólicos y negativos que el paisaje patagónico causaría en las personas es un problema que el narrador no alcanza a resolver puesto que, si bien, en muchas ocasiones relativiza e impugna la adversidad del paisaje, en otras la presupone y confirma. Ejemplifica el primer caso su visión del Cabo de Hornos, cuya fiereza y peligrosidad observada inicialmente no se corresponderá con lo que más tarde vio y supo de esos lugares, sino con la “primera y engañosa impresión de marino novato” (25), imagen falsa y distorsionante que pudo reemplazar, dirá más adelante, sólo con “el largo trato de los años con ese lugar de veranos apacibles y paz sobrenatural” (89). El segundo caso se observa cuando, luego de muchos años y con motivo del juicio a Button, el narrador visita nuevamente las Islas Malvinas. Estando allí percibe cómo “el viento seguía barriendo las playas desiertas con la misma indiferente ferocidad que casi treinta años atrás” (29) y experimenta “el mismo agobio. Viene de la soledad, de los árboles penosamente aferrados a la tierra, doblados en la dirección del viento, lo que causa una sensación casi física de martirio” (29), que en todo se opone al bienestar que le produce estar en la Patagonia austral en el período estival.¹⁶

En su segundo viaje Guevara llega a la región, en el mes de enero, “pleno verano, la época de una belleza sin igual en la Tierra del Fuego” (181), cuya preferencia repite el narrador más adelante, al afirmar que no hay “[n]ada tan hermoso como una noche de verano, sin viento” (187) en ese lugar. En esta estadía en el sur, Guevara va a vincularse de un modo amable con el espacio natural y sus comentarios sobre él van a cargarse de imágenes sensoriales que traducen la contemplación de un paisaje armónico al que se

¹⁶ Estando en el Palacio de Justicia de Puerto Stanley, el narrador llega a observar que “(e)l viento antártico se descuelga por el tubo de la estufa de hierro produciendo ese gemido particular y lúgubre que lo que hemos vivido en el sur conocemos, y al cual uno se acostumbra o se vuelve loco” (216).

aprecia estéticamente.¹⁷ Esto sucede, por ejemplo, cuando el narrador llega a Wulaia, la tierra de Button, y junto con él contempla una bahía a la que describe extensamente:

Serena como un estanque, se abría en semicírculo en medio de una calma de majestad incomparable. Desembocaba en ella un río de hielo [...]. En el silencio imponente se oía cada tanto el estampido seco del resquebrajarse del hielo que subía repetido en ecos, hacia las montañas de nieves perpetuas. A nuestra espalda, la franja de arena gruesa se cubría de hojas y líquenes de un verde casi negro, entreverada de raíces. De la costa misma surgía el bosque, sombrío y húmedo, poblado de murmullos, de repentinos aleteos, de llamados vibrantes que se cruzaban de una orilla a la otra; los troncos resplandecían cubiertos por un musgo color esmeralda profundo. Las olas turbulentas del canal se amansaban al entrar en la bahía y morían entre las piedras, en suaves impulsos que hacían al borde mordisquear la playa (181-2).

En su extensa pintura del paisaje aparecen imágenes visuales que dan cuenta de movimientos, distancias, tamaños y colores que convergen en la representación de un lugar colosal y recio, al que también refieren las imágenes auditivas que repiten la idea de un escenario hosco e intempestivo. El cromatismo y la sonoridad expresan la experiencia humana de la percepción de la naturaleza que no siempre es negativa. Guevara puede, por ejemplo, estando en el primer viaje, maravillarse de “los ventisqueros, ríos de hielos que desembocaban en bahías y fiordos” (97), y también puede, en este mismo viaje, detenerse a mirar el panorama y, primero en español y luego en inglés, decirle al yámana que el suyo es un “[h]ermoso país” (98).

Ahora bien, así como Guevara consigue adjudicarle a la naturaleza patagónica una ubicación nuclear para el desarrollo de su propia experiencia, la que va a significarse en el propio interior del paisaje, no logra conseguir que su espacialidad social sea central respecto de los acontecimientos narrados. La Patagonia y él mismo van a concebirse distantes de los centros de poder instalados en la metrópoli europea. El narrador llega a percibir que, estando en la región, está “en los bordes finales del continente” (189), transitando por los márgenes de la tierra, “bordeando los secretos límites del mundo”

¹⁷ Si su estadía en tierra, y la compañía de Button, le permiten al narrador reconocer y apreciar las bellezas del paisaje, el mar y la inexperiencia del territorio lo conducirá a otra dirección perceptiva, a la de una tierra maldita de una feroz vitalidad, esta imagen que ya nombramos o sobre la que ya nos detuvimos aparece retrata en las tempestades y los naufragios aludidos en las páginas 25 y 89.

(26). Pero esta idea que se va a repetir profusamente en la novela no denota tanto una posición cartográfica objetiva, como una localización dirigida ideológicamente y connotada negativamente.¹⁸

Antes de que Guevara emprenda el viaje a la Patagonia, el contraamaestre del *Beagle* le informa el destino de este modo: “Vamos a la Tierra del Fuego, muchacho. Hacia la Patagonia. Al sur, al infierno, al culo del mundo” (80). Todos sus modos de identificar el lugar al que se dirigen presuponen la existencia de un espacio opuesto: el norte, el paraíso y, como dijo el narrador refiriéndose a Londres, el corazón del mundo. Desde la capital del Imperio británico se va a establecer el diseño global del espacio internacional, así como el diseño local de las colonias. Vista desde el centro imperial, la Patagonia sólo puede ocupar un lugar periférico en el mapa geopolítico, y así los fueguinos sólo pueden pertenecer, según el público londinense y el de todo el país, a un “remoto país salvaje” (160), a una lejanía total en la que el propio narrador ubica, reiteradas veces, a la Patagonia.

El narrador confina la Patagonia a los límites de la tierra, universo geográfico y humano. Lo hace cuando llega al Cabo de Hornos y declara estar “en los confines del mundo” (90). Lo hace cuando observa, en el Juicio llevado a cabo en las Islas Malvinas, que Button “se había elevado sobre las bestias y sobre la noche helada del fin del mundo” (223), y también cuando señala que su aventura “fue tragada por el hielo y el viento del fin del mundo” (51). La lexicalización de esta posición liminar se repite junto con la estereotipada ubicación del territorio en los bordes, marginalidad geográfica y social que se extiende a la Confederación Argentina. Allí vivió y murió el padre del narrador, suicida que él recuerda “colgado de la viga de un rancho en los confines del mundo” (68) de los que él mismo procede. Guevara comparte este origen periférico con los yámanas. Estando en Londres siente que tanto él como Button venían “de los bordes del mundo, de los confines, de un lugar insospechado y bárbaro, que a pesar de mi buen ingles y mi crencha rubia emanaba de mí y me rodeaba, de igual manera que rodeaba a Button” (104). El narrador va a explicitar así el carácter cultural (y no racial) de las distancias entre su espacio de pertenencia, un mundo “bárbaro”, pura proyección, al que generalmente va a reivindicar, y un mundo “civilizado”, pura decadencia, al que

¹⁸ Según J.B. Harley “(l)os mapas son un texto cultural: no un código único sino una colección de códigos, unos pocos de los cuales son exclusivos de la cartografía. Al aceptar la textualidad de los mapas podemos abarcar un número diferente de posibilidades interpretativas. En lugar de otra transparencia de la claridad podemos descubrir la preñez de lo opaco. A los hechos les podemos agregar los mitos, y en lugar de inocencia podemos esperar duplicidad” (Citado por Livon-Grosman 66).

frecuentemente va a cuestionar. Más que a una antítesis, los términos nos remiten, en la novela, a una tensión de fuerzas ficticias que va a modelar, en desigual pugna, los mapas internacionales y nacionales en los que la Patagonia se inscribe.

VI. Bibliografía

- Bandieri, Susana. *Historia de la Patagonia*. Bs. As.: Sudamericana, 2005.
- Blengino, Vanni. *La zanja de la Patagonia*. Bs. As. FCE, 2005.
- Casini, Silvia. *Los bárbaros de la Patagonia*. San Juan: EFFHA, 2001.
- Cheadle, Norman. “Rememorando la historia decimonónica desde La tierra del fuego (1998) de Sylvia Iparraguirre”. Lady Rojas-Trempe y Catharina Vallejo (eds.). *Celebración de la creación literaria de las escritoras hispanas en las Américas*. Ottawa: Girol, 2000. 81-91.
- Iparraguirre, Sylvia. *La tierra del fuego*. Bs. As.: Alfaguara, 1998.
- Livon-Grosman, Ernesto. *Geografías imaginarias. El relato de viaje y la construcción del espacio patagónico*. Rosario: Beatriz Viterbo Editora, 2003.
- Prieto, A. *Los viajeros ingleses y la emergencia de la literatura argentina, 1820-1850*. Bs. As.: Sudamericana, 1996.
- Romero, José Luis. *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*. Bs. As.: Siglo XXI, 2001.
- Silvestri, G. y Aliata, F. *El paisaje como cifra de armonía*. Bs. As.: Ediciones Nueva Visión, 2001.
- Sims, Robert L. “Eurocentrismo, marginocentrismo, historia oficial e historia sentida en *La tierra del fuego* de Sylvia Iparraguirre”. *Hispanic Journal*, Pennsylvania, Vol. 22, N° 2, 2001. 523-38.